

Francia

La hora del pueblo

Edwy Plenel (Mediapart)

¿Adónde va Francia? Nadie lo sabe, y los periodistas no más que los actores del actual movimiento social. Es una historia no escrita que se inventa día a día, de cita en cita, entre manifestaciones y huelgas. El país se siente confusamente en el umbral de lo imprevisto y de lo inesperado, para lo mejor o para lo peor, entre extensión y reflujos, sorpresa, accidente o agotamiento. Desde las primeras manifestaciones del 4 y del 7 de septiembre, todo el mundo se da cuenta de que vivimos uno de esos momentos en los que el pueblo, en su diversidad de edad y de condición, pretende hacer valer sus derechos legítimos contra una legalidad ilusoria. La democracia está de su lado, en el asfalto de las calles, en los establecimientos escolares o en los lugares de trabajo. Pues la democracia verdadera supone su presencia activa. No es ese silencio forzado al que se le querría obligar durante cinco años, dejándole solo elegir, de elección en elección presidencial, un dueño intocable, para después obligarlo a volver a la servidumbre. Intentando desordenar la agenda que querría imponerle autoritariamente el poder, el pueblo defiende pues bastante más que sus derechos adquiridos. Dice, sencillamente, que no se decide su suerte sin consultarle. Que no se modifican sus condiciones de vida sin escucharle. Que no se le imponen prioridades que no quiere.

Es así toda la sociedad la que ruge, consciente de la importancia simbólica de la batalla de las jubilaciones. ¿Será rebajada y humillada por un poder arrogante que difunde miedo y desconfianza, inseguridades y divisiones, para mejor imponer los intereses de una minoría oligárquica? ¿O será puesta en pie y realzada por su propia voluntad unida, encontrando confianza en sí misma a fin de imponer las exigencias de la mayoría contra los privilegios de algunos? Dos interrogantes que no excluyen un tercer escenario: una sociedad aparentemente derrotada pero secretamente victoriosa, ofreciendo a ese poder ciego una victoria pírrica mientras que ella entraría duradera y profundamente en disidencia, paciente y apaciblemente refractaria.

Entre estas incertidumbres, el tiempo zanjará. No el tiempo como duración o impaciencia, sino el tiempo como dominio y exigencia. Tres temporalidades se enfrentan aquí.

La del poder de hoy, esta hiperpresidencia cesarista cuyo tiempo es el de la urgencia: que su voluntad pase, a cualquier precio, lo más rápidamente posible, aunque sea por la fuerza y con violencia.

La del poder de reemplazo, esta oposición socialista cuyo tiempo es el de la espera: que se la cite para 2012, sin precipitación, ni radicalización, otorgándole crédito con generosidad.

Finalmente, la del pueblo que se manifiesta y protesta con constancia, cuyo tiempo es más esencialmente el de la vida, de la vida vivida, de la vida sensible, de la vida compartida: que sus vidas concretas, en el

trabajo, en la escuela y en familia, entre generaciones, entre vecinos y entre colegas, sean defendidas, protegidas y mejoradas aquí y ahora. Ese pueblo sabe bien que no debe contar más que consigo mismo: lo que logre arrebatarse o salvar le garantizará bastante más que promesas lejanas y, por la experiencia vivida, a menudo ilusorias.

El tiempo de las manifestaciones contra la agenda de la *Señora Tina*

El sueño de todo poder, y aún más de un poder no compartido como el que nos impone nuestro presidencialismo desequilibrado, es ser relojero de la sociedad. De la identidad nacional a los discursos "insecuritarios", pasando por la xenofobia de Estado y por la contrarreforma de las jubilaciones, la habilidad de Nicolas Sarkozy tiene siempre el mismo resorte: imponernos su agenda partidista, entre ideología conservadora e intereses de clase.

Sin embargo es este reloj el que desarregla el actual movimiento social, intentando imponer su propio tiempo discordante, imprevisible y disidente. Polisémico y pluralista, se reúne alrededor del tema de las jubilaciones, no sólo por interés material bien comprendido, sino también por inteligencia del momento: es rechazando por principio una agenda impuesta por el poder como se desorganizará su máquina de producir más injusticia, dominación y sumisión.

Confusamente, sin portavoz único ni dirección política, el pueblo intenta imponer otras prioridades, otras necesidades. El realismo está de su lado, mientras que la ficción es el arma del poder. Ha comprendido que este último pretende hacer pagar la cuenta de la crisis a los más modestos. Sabe que el gobierno prefiere recortar en los gastos sociales más que poner impuestos a las riquezas financieras. Siente que los razonamientos presupuestarios, entre déficits y deudas, ocultan una política socialmente injusta bajo sus informes oscuros y verbosos. Sin haber oído la confesión cándida del multimillonario americano Warren Buffett en la CNN en mayo de 2005, sospechaba ya que es eso lo que está en juego: "*Hay una guerra de clases, es un hecho, pero es mi clase, la clase de los ricos, la que dirige esta guerra, y estamos ganándola*".

No es casualidad evidentemente si esta cita se encuentra como epígrafe del reciente libro de los sociólogos Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, *Le Président des riches* (Zones, 2010). Ninguna casualidad tampoco si, al comienzo de la presidencia de Nicolas Sarkozy, uno de los portavoces de la patronal, Denis Kessler, dotado de un cinismo franco, soltaba una confesión semejante, acreditando al nuevo régimen de querer "*deshacer metódicamente el programa del Consejo Nacional de la Resistencia*" y, en el fondo, tomar así una revancha histórica sobre el Frente Popular de 1936 cuyos ideales incumplidos inspiraron numerosas reformas de 1945. Ninguna casualidad en fin si, en un lapsus repetido, el patrón de los diputados de la UMP, Jean-François Copé, ha expresado

regularmente su temor de una Francia poseída por una "*tentación de la noche del 4 de agosto de la que hay que desembarazarse*" (en 2009), incluso de un "*ambiente malsano de noche de 4 de agosto*" (en junio de 2010). Si, la noche del 4 de agosto de 1789, que sin embargo marcó el comienzo del fin del Antiguo Régimen con la abolición de los privilegios. No ocultan que temen por sus privilegios. Y si tienen miedo del pueblo, es porque éste conoce sus intenciones.

Pues, con todas sus generaciones, sabe que el asunto de las jubilaciones no es una cuestión contable sino un tema en el que está en juego el tipo de sociedad. Pretendiendo, contra toda racionalidad económica, que no habría más que una única solución para preservar las pensiones, la de obligar a los asalariados a trabajar y a cotizar durante más tiempo, el poder no pretende defender nuestras jubilaciones, sino atacar nuestras seguridades. Dicho de otra forma ponernos en una situación de inseguridad, fragilidad y dependencia.

A la inversa, el sociólogo Robert Castel, mejor analista de nuestras seguridades sociales, no ha dejado de recordar que la protección social es la condición de una democracia real, de una democracia de iguales, sin privilegiados: "*La protección social es la condición de posibilidad para formar una sociedad de semejantes: un tipo de formación social en el seno de la cual nadie está excluido porque cada cual dispone de los recursos y derechos necesarios para mantener relaciones de interdependencia (y no solo de dependencia) con todos. Es una definición posible de la ciudadanía social. Es también una formulación sociológica de lo que en términos políticos se llama una democracia*" (*L'Insécurité sociale*, Seuil, 2003).

Como la carta robada de la novela de Edgar Poe, colocada de forma evidente en la chimenea, la verdad de la situación no escapa más que a quienes se dejan cegar. Y es claramente ése el mensaje del movimiento social: no más dejarse manipular, dejarse llevar, dejarse engañar. De ahí esa desconfianza recurrente hacia los medios dominantes, a riesgo de confundir a los periodistas con sus empleadores, al ser tan grande su responsabilidad en este momento particular. Pues tienen el poder de nombrar las cosas y, por consiguiente, de engañarnos adornándolas de atavíos engañosos, muy lejos de lo real y muy cerca de la ideología. ¿Reforma o contrarreforma? ¿Discurso "securitario" o declaraciones incendiarias? ¿Identidad nacional o pedagogía xenófoba? En la filiación de George Orwell, el autor de 1984 que había desenmascarado la *novlengua* de las dominaciones modernas, el colectivo *Les mots sont importants* ["*Las palabras son importantes*"] pone en guardia, con razón, contra esos lugares comunes del lenguaje mediático en donde se observa una "*eufemización de la violencia de los dominantes*" asociada a una "*hiperbolización de la violencia de los dominados*".

"*La eufemización consiste, etimológicamente, en positivar lo negativo*", recuerdan sus iniciadores, Sylvie Tissot y Pierre Tevanian. "*En la esfera*

política, consiste en esencialmente ocultar, minimizar, relativizar y justificar una violencia" (Les mots sont importants 2000-2010, Libertalia, 2010). Así solo se hablará de reforma, de modernización, de flexibilización, etc., cuando el derecho al trabajo es debilitado, la protección social reducida y un servicio público privatizado. A la inversa, la revuelta de los que sufren estas medidas será calificada de conservadurismo, de corporativismo y de crispación, incluso de provocación.

Las editoriales de los medios dominantes están actualmente atestadas de esos razonamientos automáticos que desafían los peritajes y valoraciones sindicales o asociativas, vulgata cuyo último ejemplo fue ofrecido por el actual director de *Le Monde*. "*There is no alternative*", tenía la costumbre de decir Margaret Thatcher para justificar su contrarreforma neoliberal, lo que le valió entre sus opositores el sobrenombre de *Sra. Tina*. No hay otra solución, no dejan de repetir tras ella sus equivalentes franceses, adherentes tácitos a ese "*círculo de la razón*" que une a derecha e izquierda supuestos gestores... en su irracionalidad y su irresponsabilidad.

La prioridad del empleo contra la distracción de las jubilaciones

Pues, mientras tanto, una demostración mordaz ha aparecido con esta tercera crisis histórica del capitalismo de la que estamos lejos de haber salido, tan amplia y profunda como las de 1854 y 1929. El balance de estas políticas sin alternativa, o más bien que niegan toda alternativa, está ahí: riquezas dilapidadas, desigualdades en aumento, un paro creciente, sociedades debilitadas, pueblos inquietos, países desindustrializados, economías fragilizadas, etc. Con gran pena de los excelentes "*economistas aterrados*" [ver http://economiecritica.net/web/index.php?option=com_content&task=view&id=219&Itemid=42], que rechazan pasar la página de esta demostración radical que sigue inaudible en los discursos dominantes, la *señora Tina* está pues de vuelta, en versión tricolor. Está de vuelta en efecto desde el comienzo de este folletín de las jubilaciones, desde que la pasada primavera, la trampa de una agenda presidencial tan repentina como impaciente se haya cerrado sobre direcciones sindicales demasiado consentidoras y sobre una oposición socialista demasiado complaciente.

En efecto, ¿en qué las jubilaciones eran la urgencia del momento? ¿Por qué era preciso tratar antes que cualquier otro asunto un expediente tan complejo, decidir tan rápidamente, con un calendario tan apretado que presagiaba la humillación final del parlamento vía la censura de hecho de la oposición? ¿Cómo se ha llegado a imponer a todo un país debatir de un futuro incierto -el famoso "*agujero*" de las jubilaciones- sin discutir en forma alguna sobre un presente evidente: el paro y la crisis?

Lo que la protesta actual se esfuerza en hacernos comprender, es que la agenda presidencial de las jubilaciones era en sí misma una trampa. De entrada, el método elegido fue el de la revancha simbólica contra los

sindicatos y la izquierda, más que el de una búsqueda del compromiso o del consenso. En sus procedimientos (un calendario en forma de declaración de guerra), así como en sus objetivos (el aislamiento de un asunto sin embargo indisociable del del empleo), esta ofensiva tenía más que ver con el cálculo partidista que con la responsabilidad política. Pues son claramente los empleos los que hacen las jubilaciones y son claramente los activos quienes financian las pensiones. ¿Cómo ha podido desaparecer esta evidencia hasta este punto del debate público cuando Francia conoce una tasa de no empleo de los menores de 25 años que bate récords en Europa? ¿Por qué no haber hecho de las medidas para el empleo de los jóvenes un previo a toda discusión sobre el futuro de las jubilaciones? Dicho de otra forma, lo que recuerda el movimiento social a las direcciones sindicales así como a la oposición parlamentaria es que, para defender una alternativa creíble, primero hay que ser capaz de promover una agenda diferente de la del poder, de imponer en la sociedad un razonamiento que no esté cogido en la trampa de los prejuicios gubernamentales.

Hoy, el empleo debería ser la cuestión central de una república auténticamente social. El número de inscritos en el *Pôle emploi* [Agencia Pública para el Empleo] ha aumentado 1.100.000 entre julio de 2008 y julio de 2010. Con 4,6 millones de inscritos, es decir un activo de cada seis, el récord registrado hace trece años, en 1997, ha sido batido. Los inscritos en el Polo empleo que no han trabajado nunca eran 2,7 millones en julio pasado, es decir un activo de cada diez. En cuanto al número de parados de larga duración, no deja de crecer, alcanzando más de 1,4 millones, es decir un activo de cada veinte. Los más afectados son los obreros, pero los empleados han visto su número de parados aumentar un 25% en dos años, mientras que los jóvenes de 15 a 24 años son evidentemente las primeras víctimas de la crisis.

A esta prioridad al empleo, que la ofensiva sobre las jubilaciones tenía por objeto relegar al segundo plano, se añade la cuestión del reparto de las riquezas, espectacularmente ilustrada por el affaire Bettencourt [escándalo de corrupción política tratado extensamente por los grandes medios, aunque la fuente fundamental de información han sido *Mediapart* y el propio Plenel. Ver por ejemplo: <http://www.publico.es/internacional/326386/el-affaire-l-oreal-estalla-en-el-bolsillo-del-partido-de-sarkozy>], durante el verano. Liliane Bettencourt gana 550 millones de euros por minuto sin hacer nada mientras que la mitad de los asalariados del país ganan menos de 1.500 euros por mes. Toda la maquinaria ideológica puesta en marcha querría hacer recaer sobre los trabajadores la responsabilidad de los déficits públicos y, así, evacuar todo interrogante sobre una política inmensamente favorable, desde hace diez años, a los más ricos. Mientras el peso de los gastos públicos en el PIB francés permanecía estable (del 52% en 1985 al 53% en 2008), las políticas de reducción de impuestos puestas en marcha no han dejado de empobrecer al Estado, en montantes astronómicos

confirmados por el diputado UMP Gilles Carrez y detallados por *Mediapart*.

Mientras así algunos se enriquecen durmiendo, sin hacer crecer la riqueza colectiva, el trabajo de los franceses seguía siendo en 2009 uno de los más productivos en el mundo, sólo superado por Irlanda y Dinamarca, como recuerda el dossier de octubre de *Alternatives Economiques*, consagrado con razón al paro. Según los cálculos del mensual, cada francés que ocupa un empleo ha producido el año pasado un 5% de riquezas más que un americano, un 19% más que un italiano, un 21% más que un alemán y un 28% más que un británico. Francia acumula pues la paradoja de ser, a la vez, uno de los países donde quienes tienen un empleo producen más riquezas y donde el número de demandantes de empleo es más elevado. Es también, contrariamente a las tonterías oficiales, uno de los países fiscalmente más favorables a los más ricos, con una tasa de paro de las más elevadas del mundo.

Nuestro derecho a tener derechos contra sus privilegios

Reparto de las riquezas, reparto del trabajo, relanzamiento más bien que austeridad, confianza en lugar de desconfianza, solidaridad contra desigualdad: los pocos datos más arriba recordados bastan para indicar otras prioridades, otros razonamientos, otras soluciones que las impuestas hoy al país por el poder. En una obra muy pedagógica, *L'enjeu des retraites* (La Dispute, 2010), el investigador Bernard Friot las detalla minuciosamente, deconstruyendo con método todo el argumentario de los pretendidos reformadores.

"¿Porqué no se salvan las jubilaciones de la misma forma que se ha salvado los bancos? pregunta ingenuamente. "Acaban de salvar a los bancos dándoles dinero, mucho dinero por otra parte, mientras que, para "salvar" las jubilaciones, desde hace veinte años, no se hace sino quitarles dinero, principalmente mediante la congelación de la tasa de las cotizaciones patronales. ¿No es extraño? (...) Salvar aplicando una sangría: Molière nos enseñó a desconfiar de esos peligrosos médicos y de sus pretendidos remedios. Tanto más cuanto que hace treinta años que dura esta terapia y vemos claramente que estos salvamentos no salvan más que a los accionistas".

Este libro pone al desnudo la irracionalidad de la reforma y, sobre todo, en qué callejón sin salida pone a los propios jubilados, su papel en la sociedad, su contribución a la solidaridad, su relación con el trabajo. En *Mediapart*, Mathieu Magnaudeiz ha detallado las cinco grandes injusticias de una reforma que pone muchos impuestos al trabajo, muy pocos al capital; que oculta las desigualdades de esperanzas de vida; que penaliza a las mujeres y a los más modestos; que puede agravar las condiciones de trabajo; y que, en fin, hace una elección arbitraria entre los diferentes grados de penosidad del trabajo.

Sin duda hay que añadir a ello la negación de la jubilación misma como

logro social, desarrollo de actividades voluntarias, ocasión de ayudas mutuas entre generaciones, invención de una segunda vida liberada de antiguas servidumbres y obligaciones, don a la colectividad de su tiempo libre, compromiso en el tejido asociativo, etc.

Se atribuye a la ministra de Economía, Christine Lagarde, esta expresión para justificar la obligación de buscar un empleo hecha a los parados de más de 57 años: "*Pero bueno, ¡uno no está acabado a los 57 años!*". ¡Como si hubiera que estar acabado, hecho polvo, herido, agotado, no lejos de la tumba, etc., para tener derecho a la jubilación y así, disfrutar de esa segunda vida que, con la ayuda del alargamiento de la esperanza de vida, no significa en forma alguna una retirada de la sociedad! Sin duda inconsciente, esa altivez social expresa lo impensado profundo de la ofensiva gubernamental: culpabilizando así a quienes no tienen otra riqueza que su trabajo, una vida de trabajo una de cuyas recompensas es la jubilación, es de hecho nuestro derecho a tener derechos lo que pone en cuestión este poder.

Su contrarreforma da la espalda a la filosofía del "*derecho natural*" que, desde el siglo XVIII, ha alimentado la esperanza democrática y social: la idea de que el ser humano tiene naturalmente derechos, sencillamente porque es un ser humano y que "*los seres humanos nacen y permanecen libres e iguales en derechos*" (Artículo 1 de la Declaración de derechos del hombre de 1789). Derechos pues, derecho al trabajo, derecho a la salud, derecho a la educación, derecho al reposo, derecho al alojamiento, derecho a la libre circulación, derecho de expresión y de opinión, etc. Derechos naturales, no derechos condicionales.

En la diversidad de sus situaciones, el pueblo que vibra ha comprendido este aspecto de lo que está ahora en juego. En efecto, sería equivocado, y particularmente, no se comprendería nada de la irrupción de este actor improbable que es el movimiento de los estudiantes de secundaria, si se quisiera reducir la actual protesta, de la que las jubilaciones son el punto de confluencia, a esta única cuestión. Es una protesta bastante más amplia y profunda la que se expresa, venida de todos los sectores afectados por los estragos de las regresiones en curso: no solo la educación, sino también la salud, la justicia, el hábitat, los territorios, la inmigración, los servicios públicos, el transporte, los equipamientos colectivos, etc. En todas partes, las reivindicaciones están latentes, al haberse degradado tanto las condiciones de trabajo. En todas partes, cóleras contenidas buscan la ocasión de afirmarse. En todas partes, humillaciones acumuladas esperan su revancha.

El tiempo de la democracia contra el presidencialismo

Para la oposición socialista, que pretende suceder a este poder dentro de año y medio, este paisaje debería ser alentador. Sin embargo, lejos de aprovechar esta oportunidad, se siente a la mayoría del Partido Socialista prudente, incluso desconfiada. Ciertamente, acompaña al movimiento, pero se abriga detrás de las direcciones sindicales precisamente cuando

ellas mismas son impotentes para hacer ceder al poder y encontrar una salida a la crisis. Dejando a las movilizaciones sucederse sin intentar ofrecerles una perspectiva política, el PS se ha apresurado a poner en guardia contra la radicalización y, a decir verdad, remite el presente al futuro: las elecciones presidenciales de 2012.

Su *atentismo* es a la vez convicción y oportunidad: partido de electos y no de masas, se alarma espontáneamente con el espectáculo de la calle manifestante, en la medida en que es imprevisible e incontrolable; partido convertido al presidencialismo bonapartista, ha remitido a sus "primarias" del verano de 2011 el arbitraje de sus divisiones internas.

En otros términos, todo esto viene demasiado pronto y no está aún preparado. Hasta tal punto que su primera secretaria se comporta más como un síndico de la diversidad socialista que como líder de una oposición de izquierda reagrupada. Hasta tal punto, además, que al cabo de tres años y medio de presidencia *sarkozysta*, este inevitable partido central o bisagra de la izquierda que es el PS no ha intentado jamás reunir u organizar un frente común unitario de las oposiciones políticas. El PS toma así el riesgo de comportarse con una mentalidad de propietario, como si el poder fuera a llegarle naturalmente sin que haga un esfuerzo sobre sí mismo y hacia la sociedad. Espera, y espera que el pueblo querrá esperar con él, hasta el punto de pedirle arbitrar sus rivalidades intestinas abriendo ampliamente el colegio electoral de la elección de su candidato. Pero es una apuesta discutible creer que dicho pueblo no tiene memoria. Memoria inmediata, primero: llegado el momento, se acordará de quienes se hayan verdaderamente opuesto, sin tregua ni compromisos, sin dudas ni precauciones, a esta hiperpresidencia. Memoria larga, luego: por instinto, sabe bien que esta exacerbación de la crisis democrática francesa de la que el *sarkozismo* es a la vez el instrumento y el producto tiene una historia, de la que los gobernantes socialistas de ayer son también contables. En definitiva, el pueblo no es incapaz de hacer él mismo el inventario, y particularmente entre quienes, justamente, no hayan hecho su propio trabajo de inventario.

El ala izquierda del PS no es ciertamente insensible a estos argumentos, y se siente que intenta, estos días, sacudir su pesada máquina partidaria. En el lado opuesto, el discurso más sintomático del conservadurismo socialista es hoy mantenido por François Hollande [ex-primer secretario del PS] que, en estos tiempos de protesta social, ha hecho extrañamente del *antisarkozismo* su blanco político favorito. El antiguo primer secretario del PS cuando las dos últimas derrotas presidenciales, las de 2002 y 2007, no deja de fustigar esta "*pereza*" o esta "*facilidad*" que sería el *antisarkozismo*, postura, añadía el 26 de septiembre en RTL, "*al alcance de cualquiera*".

Sin embargo, es no ver, o más bien es negarse a ver, que el *antisarkozismo* popular no es una negación, sino una exigencia. Que, lejos de expresar solo un rechazo, afirma el deseo de respuestas radicalmente nuevas, y no ya la repetición de recetas gastadas. La crítica

activa por la propia sociedad de esta presidencia pone el listón alto, ya se trate de las prácticas democráticas (un presidencialismo sin control), cuestiones sociales (una política de clase) o asuntos internacionales (el rechazo del mundo).

Sin embargo, con excepción de las cuestiones fiscales de las que François Hollande es un especialista innegable, se sigue esperando, en estas tres semanas, las propuestas concretas de los socialistas marcando una verdadera ruptura con no solo lo que sufrimos desde 2007, sino también con lo que hemos vivido desde que el PS reivindica "*una cultura de gobierno*" que, en los hechos, ha significado a menudo si no su conversión al orden existente, al menos su acomodamiento o su acuerdo con el mundo tal como va, injusto y desigual.

Gran cuerpo sin cabeza, el movimiento social actual está confusamente animado por la esperanza de una oposición determinada, testimoniando una alteridad verdadera respecto a la oligarquía social que, hoy, pretende regentar nuestra república. Pues lo que nos muestra esta Presidencia, en todas sus prácticas y en todos los terrenos, es la confiscación del bien común por una minoría que, en el cruce de los mundos financieros y políticos, se cree por encima del pueblo, más competente que él, más experta y más clarividente, más capaz de elegir en su lugar su futuro y de conducirlo allí donde, sin duda, no querría ir. Si tienen miedo al pueblo, es porque en el fondo, no aman la democracia, el régimen en el que cualquiera puede pretender expresarse, votar, hacerse elegir, incluso gobernar, sin privilegio de fortuna, de nacimiento o de diploma. Tal es el escándalo democrático que quieren conjurar, instituyendo duraderamente los nuevos privilegios de una oligarquía de la posesión, del tener y del poder.

La hora del pueblo, es pues el tiempo de la democracia. De una democracia viva y alegre, inventiva y curiosa, igualitaria y solidaria. De una democracia que no espera.

<http://www.mediapart.fr/> 20/10/2010

Traducción: Alberto Nadal para *VIENTO SUR*